EL TEATRO.

COLECCION
DE
OBRAS DRAMATICAS Y LÍRICAS.

VERDE Y MADURA,

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. PEDRO MARIA BARRERA

Y

D. ENRIQUE G. BEDMAR.



MADRID:
ALONSO GULLON. EDITOR,
PEZ, 40.
Oficinas: POZAS, 2, 2.°
1877.

VERDE Y MADURA,

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. PEDRO MARÍA BARRERA

Y

D. ENRIQUE G. BEDMAR.

Estrenado con extraordinario aplauso en Madrid, en el Teatro de la Alhambra, el 26 de Noviembre de 1877.



MADRID:
IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,
Tudescos, 34, principal.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA	SRAS. LOSADA.
ASUNCION	ROS DE TORTS
LUIS	SRES. CATALINA.
GINÉS	PASTRANA.
DON CÁNDIDO	ALVERÁ.
UN MOZO	DELGADO.

La accion pasa en Madrid y es contemporánea.

AL ILMO. SEÑOR

D. FRANCISCO LUIS DE RETES,

EN PRENDA DE CARIÑO.

LOS AUTORES.

ACTO PRIMERO.

Sala de paso en un hotel. Puerta al foro. Varias numeradas á uno y otro lado. A la izquierda del actor tendrá una el número diez: á la derecha se ven el doce y el trece. Un velador con periódicos, un timbre y recado de escribir. Butacas y sillas.

ESCENA PRIMERA.

DON CÁNDIDO Y ELISA, *en traje de calle.*

CÁNDIDO. Pero, mujer, si Mariano
estudió latin conmigo
y... ¡ya ves! más que mi amigo
ha sido siempre mi hermano,
¿cómo señas no le dejo
de mi nueva habitacion?

ELISA. Yo sé que tengo razon
para quejarme y me quejo.
Al dejar la fonda ayer
bien le pudo usted decir:
—«Voy á tal parte á vivir;
adios, chico; hasta más ver.»
Y pudo usted reclamar
la cuenta de lo gastado
y se hubiera usted ahorrado
el volver para pagar.

CÁNDIDO. Es cierto: yo me distraje...
Mas no sé por qué te irrita...

ELISA. ¿Sí? ¿Qué hace una señorita
sola y en este parage?

CÁNDIDO. Es una sala de paso
de una fonda.

ELISA. Exactamente.

CÁNDIDO. Pues mira, lo más urgente
era evitar el retraso
en pagar, y ya pagué.
Vámonos.

ELISA. No, sino digo...
Puede usted ver á su amigo.

CÁNDIDO. ¿Por qué no entras?

ELISA. ¿Para qué?
Es un posma de por vida
y cuentas con él no quiero.
—No olvide usted que le espero.

CÁNDIDO. Bien, bien: yo vuelvo en seguída.
(Retrocediendo desde la puerta del número doce.)
¡Ah! escucha. ¿Puedo saber
por qué nos hemos mudado?
El fondista me ha jurado
que pasó un mal rato ayer.

ELISA. ¿Recuerda usted al viajero
que se nos unió en Sevilla?

CÁNDIDO. ¿Aquel jóven con perilla
y bigote? A lo que infiero
te hizo el amor.—No me asombra.

ELISA. Atropellando por todo,
me sigue del mismo modo
que sigue al cuerpo la sombra
Y aunque no me desagrada
y es fácil que le quisiera
me encuentro muy bien soltera
para anhelar ser casada.
El se ha venido á este hotel
por estar cerca de mí,
y yo me marcho de aquí
por estar lejos de él.

CÁNDIDO. Aplaudo tus decisiones.

ELISA. Con que vaya usted...

CÁNDIDO. Sí; voy.
Al punto de vuelta estoy.
(Retrocediendo desde la puerta del número doce.)
¡Ah! dime ¿por qué razones
le tienes al matrimonio
tan profunda antipatía?
Lo mismo pasó á tu tia
hasta que Dios ó el demonio
hizo que se enamorara
de aquel boticario ético
que amén de un humor herpético

que le cubria la cara...

ELISA. Suprima usted lo restante
porque ya sé de memoria
tan mal humorada historia.

CÁNDIDO. Dices bien: vuelvo al instante.
(Repite el mismo juego. Suena una campanilla.)
¡Ah! parece que han llamado.

ELISA ¡Dale!

CÁNDIDO. No te desesperes. *(Nuevo repique.)*
¡Otra vez llaman!—Si quieres
no me muevo de tu lado.
Tu deseo es mi deseo.

ELISA. ¡Qué calma!

CÁNDIDO. Voy: no haya pique.
¿Oyes? un nuevo repique.
¡Qué grato campanilleo! *(Entra en el número doce.)*

ESCENA II.

ELISA Y LUIS, *que sale del diez en el momento que deja de oirse el último prolongado repique.*

ELISA. Poca paciencia tendrá
quien llama con tanta furia.
Un génio así, es una injuria
al génio de mi papá.

LUIS. ¡Camarero..! (¡Oh! ¡qué placer!)

ELISA. (¡Ah!)

LUIS. (¡La hechicera Elisita!)
Dígame usted, señorita,
¿quiere usted ser mi mujer?

ELISA. ¿Quiere usted dejarme en paz?
ya es muy pesada la broma.

LUIS. ¿Qué escucho? ¿Por broma toma
mi persecucion tenaz?
¡Broma... y tengo aquí una hoguera!

ELISA. Con agua se apaga el fuego.

LUIS. ¿V. no vé que estoy ciego?

ELISA. Acuda usted á Cervera.

LUIS. ¿A un oculista—¡oh merced!—
me manda usted?

ELISA. El la vista

le dará.

LUIS. ¡Quiá! ¡mi oculista
es usted! ¡usted!! ¡usted!!!
Yo la idolatro.

ELISA. ¡Quimera!

LUIS. ¡No! realidad evidente.

ELISA. Cinco dias solamente
hace que por vez primera
nos vimos, y ni á Macías,
aunque amó con tanto empeño,
le debió quitar el sueño
su amor á los cinco dias.

LUIS. ¡Error! ¡sacrilegio!

ELISA. ¿Sí?
Pues concedo que es error.
Bien: se muere usted de amor.
Bien: ¿y qué me importa á mí?
Usted sigue muertecito
y yo sigo indiferente.

LUIS. Y al fin usted se arrepiente
y me ama un poquirritito.

ELISA. ¿De veras?

LUIS. Pues claro está.

ELISA. Eso es un cuento.

LUIS. No miento.
Y á propósito de cuento,
oiga usted uno: allá vá.
Contemplando un tal Peralta
una higuera cierto dia,
vió que una breva pendia
de la ramita más alta.
Era el buen Peralta enano,
grande la higuera traidora,
y la breva era, señora,
un bocado soberano.
Cuando Peralta la vió
se le afilaron los dientes.
y dijo para sus mientes:
—«Ésta me la como yo.»
Cuéntanlo así los apuntes
del que el caso presenciaba;
la breva en sazon no estaba
y contestó:—«No te untes.»
Y una, dos, tres veces, más,
así exclamaron con fé:
el uno:—«Si me untaré,»

y la otra:—«No te untarás.»
Peralta al pié de la higuera
sin temor á un tabardillo,
fijo como un marmolillo
pasó una semana entera.
Pero nada: el mismo aprieto.
Aun no se sabe si pierde
la fruta, verde y más verde,
ó el hombre, quieto y más quieto.
Conforme el tiempo avanzaba
fué la breva madurando;
de la ramita tirando
hácia el suelo se inclinaba;
y el tallo, medio marchito,
del tiempo al yugo imperioso
se puso tan mantecoso,
tan blandito, tan blandito,
que ya Peralta veia
próximo el momento ansiado
en que el fruto codiciado
en la boca le caeria.
Y aunque el hecho yo no vi
sé que la breva cayó
y que Peralta exclamó:
—«Pues señor, me la comí.»
Deduccion...

ELISA. Antes de hacer
deducciones de su cuento
oiga usted en un momento
otro que debe aprender.
Cuenta en Sevilla la fama
que hubo un lego en la Cartuja,
delgado como una aguja
y verde como una rama,
dedicado á preguntar
qué sería lo mejor
para tener buen color
y conseguir engordar.
—«Preguntas son escusadas»
le dijo un fraile ladino:
«¿buen color? cuestion de vino;
¿carne? cuestion de tajadas.»
Y dijo el lego:—«Esta vez
mis súplicas oye Dios:
sí, comeré como dos;
sí, beberé como diez.»

No dió á su gaznate huelga;
pero ¡ay! que siguió el cuitado
siendo alambre en lo delgado
y en el color siendo acelga,
y adquirió una enfermedad
que anunciaba el contratiempo
de que mucho antes de tiempo
se iria á la eternidad.
Salvó la piel por milagro
y de ello tal se acordaba
que, cuando al paso topaba
á alguno pálido y magro,
le decia con presteza:
—«Hermano: si por azar
siente ganas de engordar
y echar color de cereza,
no de buen bocado en pos
se lance y de trago fino,
pues sin tajadas ni vino
engorda el que quiere Dios.
Y en cambio si Dios no quiere,
pese al hombre más bellaco,
el que está palido y flaco
flaco y pálido se muere.»

LUIS. Hecha la confrontacion
entre ese cuento y mi cuento,
debo decir al momento
por toda contestacion
que me mantengo en mis trece.

ELISA. ¿Sí? pues yo sigo en mis quince.

LUIS. Cederá usted: soy más lince
de lo que á usted le parece.

ELISA. Si iguala á lo presumido
el mérito, podrá ser.

LUIS. Usted será mi mujer
y yo seré su marido.
Lo juro á fé de Luis Prat.

ELISA. ¿Y si hay otro que me agrada?

LUIS. Ese otro de una estocada
vá al valle de Josafat.

ELISA. ¿Sabe el señor mata-siete
si pienso vivir soltera?

LUIS. Piense usted de otra manera
y aquí se acabó el sainete.

ELISA. Aun pudiera suceder
que yo me encuentre casada.

LUIS. Nada hay que me importe nada
porque al cabo he de vencer.

ELISA. No me obligue usted á usar
un lenguaje inconveniente.

LUIS. Todo me es indiferente
porque al cabo he de triunfar.
Nunca amé á mujer ninguna
por fortuna ó por desgracia,
y usted me hace mucha gracia
por desgracia ó por fortuna.
Nunca pude comprender
esta ansiedad que en mí llevo,
y hoy digo, sostengo y pruebo
que es un ángel la mujer.
Nunca aprecié en lo que vale
el goce de una caricia,
y hoy juro que no hay delicia
que á una caricia se iguale.
Nunca de amante mirada
ví que la dicha vá en pos,
y hoy pienso que, como Dios,
saca mundos de la nada.
Y cuando esto pienso y juro,
y lo digo y lo sostengo
y lo pruebo, porque vengo
sujeto como á un conjuro,
sujeto al divino hechizo
que hace de usted una diosa,
usted me dirá si es cosa
de volverme tornadizo.
¡No! Me robó usted la calma,
la paz y el alma, y capaz
soy de exigir paz por paz
y tomar alma por alma.
Venceré, aunque no me cuido
de qué modo he de vencer,
y usted será mi mujer
y yo seré su marido.

ELISA. Habla usted muy bien y mucho
y acomete á raja tabla;
pero.. mientras usted habla
confieso que oigo y no escucho.

LUIS. ¿Que no escucha V.?

ELISA. Cabal:
yo siento espresarme así.

LUIS. ¡Cá! si eso me gusta á mí;

si eso es noble, si es leal.
ELISA. Con tal que desista usted...
LUIS. ¡Desistir!
ELISA. Es lo mejor.
Hágame usted el favor.
LUIS. Hágame usted la merced
de reparar en mi anhelo.
Si usted su fé ha colocado
en un corazon helado,
¿no deshará usted el hielo
con el sol de la ternura?
Y si de amor se arregosta
y vé moros en la costa,
¿dejará usted por ventura
que su ventura le roben?

(Aparece D. Cándido en la puerta del número doce y se despide de una persona que se supone dentro. Luis está de espaldas á dicha puerta y Elisa en frente.)

ELISA. Mi padre.
CÁNDIDO. Adios, Mariano.
LUIS. *(A D. Cándido.)* Señor, beso á V. la mano.
CÁNDIDO. Beso á usted la suya, jóven.

ESCENA III.

ELISA, CÁNDIDO, ASUNCION Y GINÉS. *(Los dos últimos aparecen por el foro disputando y no avanzan hácia el proscenio hasta que Asuncion ve á Elisa.)*

CÁNDIDO. ¿El consabido, eh? ¿Qué tal?
ASUNCION. Tengo razon.
GINÉS. Yo tambien
y hago bien.
ASUNCION. Pues no haces bien
que haces mal.
GINÉS. Pues no hago mal.
¿Son tan pocos en guarismo
los maridos de quincalla?
¿Han de ser todos pantalla
ó han de romperse el bautismo?..
ASUNCION. ¿Qué veo? ¡Elisa!
ELISA. ¡Asuncion!
ASUNCION. *(A D. Cándido.)* ¡Tio!

CÁNDIDO. ¡Vosotros aquí!
Me alegro: abrázame. *(A Asuncion.)*
GINÉS. *(Metiéndose por medio.)* Sí,
con todo mi corazon.
CÁNDIDO. Tambien tú; mas tu mujer...
GINÉS. Ahora está abrazando á Elisa;
deje usted, no corre prisa.
ELISA. ¿Con que al fin te vuelvo á ver?
GINÉS. (¡Dichosa mesa redonda!
¿Quién sabe lo que tú puedes
causar?)
ASUNCION. Presumo que ustedes
vivirán en esta fonda.
CÁNDIDO. Hemos tenido esa pieza; *(El número trece.)*
pero estoy de fondas harto
ASUNCION. ¿Y han tomado ustedes cuarto?
ELISA. Sí, en la calle de Hortaleza.
GINÉS. *(Por el número trece.)* Esa misma habitacion
nosotros ocuparemos
hasta que una casa hallemos
del agrado de Asuncion.
ELISA. (Sigue tan dulce y sencillo...
ASUNCION. ¡Hija! no es lo que parece.)
MOZO. *(En la puerta.)* El caballero del trece?
GINÉS. ¿Qué ocurre?
MOZO. Por el pasillo
han entrado el equipaje
y aguardan los mozos. *(Váse.)*
GINÉS. Voy.
¿Vamos, hijita?
ASUNCION. No; estoy
muy cansada del viaje
y no me muevo de aquí.
GINÉS. (¿Esperará al del puré?)
ELISA. Vaya usted con él. *(A D. Cándido.)*
CÁNDIDO. Yo iré,
sí, dices bien.
(Vánse por la puerta del número trece.)

ESCENA IV.

ELISA, ASUNCION.

ASUNCION. ¡Ay de mí!
ELISA. ¿Qué tienes?

ASUNCION. Elisa mia:
si no quieres cometer
un error de que por fuerza
te has de arrepentir despues,
no te cases.
ELISA. ¿Qué me dices?
ASUNCION. Yo contenta me casé,
y durante un mes mi casa
no fué casa, era un eden
en que todo sonreia.
¡Qué mes, Elisa, qué mes!
¡Lástima que haya pasado
para nunca más volver!
ELISA. ¡Jesús!
ASUNCION. ¿Piensas que exagero?
Mi marido era de miel.
Me compró cuatro vestidos
de terciopelo y *moiré*
y además tres aderezos
y me prometió otros tres.
Adquirió por darme gusto
un landó y un cabriolé,
un tronco de yeguas tordas
y un lindo caballo inglés.
Yo daba un baile los lúnes
y los miércoles un thé.
Los mártes jueves y sábados
pasaba el rato muy bien
en los teatros: los viernes
y domingos de *soirée*
me llevaba mi marido
á la casa del marqués
del Paraiso, un ricacho
que hace nueve años ó diez
en un comercio de sedas
estaba para barrer.
Pues bien: mi señor marido,
nuevo Otelo con chaquet,
dió en la flor de tener celos
de un anciano brigadier,
mómia viviente, coetáneo
del clásico minué.
¡Ay!... desde entonces mi casa
fué un antro en la lobreguez;
las ilusiones volaron,
voló la calma tambien

y cubrió con *en paz descansen*
las dichas que yo soñé.

ELISA. ¡Vaya un cuadro!

ASUNCION. Más exacto
no le ha sacado Daguerre.
Sufrí; lloré sin consuelo;
pero al fin me acostumbré
á las quejas, y hoy las oigo
como si oyera llover.

ELISA. Te compadezco.

ASUNCION. Ahora mismo
acabamos de comer
en mesa redonda. Un jóven,
que sin duda es muy cortés,
mientras mi marido hablaba
de las minas de Almaden,
se empeñó en hacerme plato.
—Gracias, dije.—No hay de qué,
contestó.—Pues, hija mia,
mi incomparable Ginés,
con un hocico de á cuarta
y una seriedad de juez,
me anunció que la fineza
le estaba sabiendo á hiel.
Trémulo por el corage,
sin poderse contener,
echó al que estaba á su lado
la manteca prevalé,
derramó la sal, vertió
el vino sobre el mantel,
y nos hemos levantado
antes de tomar café,
yo dada al mismo demonio
y á Barrabás dado él.
¡No te cases! ¡no te cases!

ELISA. Agradezco el interés
que merezco á tu cariño,
pero hace tiempo que sé
que casadas venturosas
son pocas las que se ven.
¡Y si supieras qué lance
me acaba de suceder!
Escucha. Hace cinco dias
que viniendo de Jerez
con papá, un jóven gallardo
en Sevilla tomó el tren.

Se colocó á mi derecha,
y me miró y le miré,
y al poco rato me dijo:
—«¿Quiere usted ser mi mujer?»
Me sonreí, sonrió,
guardó silencio y callé.
Cuando á la noche siguiente
saltábamos al anden
en Madrid, igual pregunta
de sus lábios escuché.
Al fin le perdí de vista;
pero á otro dia á las diez
al salir yo de ese cuarto *(El número trece.)*
lo primero que encontré
fué al susodicho galan
que, alojado en este hotel,
aguardaba mi salida,
y apenas me llegó á ver,
la consabida pregunta
hizo por tercera vez.
Hoy, por último, en lenguaje
mezcla de oro y oropel,
me ha dicho rotundamente
que no ha de retroceder;
que me tiene más cariño
que Marcilla á su Isabel,
y que de grado ó por fuerza
seré suya.

ASUNCION. ¡Qué sandez!
Pero tú...

ELISA. Le he contestado
con enojo y con desden
que machaca en hierro frio
y que nunca le querré.

ASUNCION. Mal hecho: así le exasperas.

ELISA. Pues dime lo que he de hacer.

ASUNCION. Yo en tu caso hubiera obrado
exactamente al revés.

ELISA. Aconséjame.

ASUNCION. Es muy justo.
Aquí tenemos papel
y tintero. *(Sentándose junto al velador.)*

ELISA. ¿Qué proyectas?

ASUNCION. Escribirle.

ELISA. ¡No!

ASUNCION. ¿Por qué?

ELISA. ¿Te parece decoroso...
ASUNCION. ¿No? pues déjate querer
y no te quitas la mosca
de encima ni á tiros.
ELISA. ¡Pché!
ASUNCION. ¿Cómo se llama?
ELISA. Luis Prat.
ASUNCION. «Madrid y Setiembre: hoy seis.
Señor don Luis Prat: si es cierto
que tanto me quiere usted,
si es cierto que en mi cariño
cifra su dicha y su bien;
si en su corazon soy reina,
ordeno y mando.»
ELISA. *(Riendo)* Eso es;
firme, firme.
ASUNCION. «Desde hoy,
ní un momento, ni una vez,
vuelve usted á perseguirme
como un galan de entremés.
En cambio cuando yo pueda
llamarle, le llamaré.»
ELISA ¡Llamarle!
ASUNCION. (*Toca el timbre.*) Toma y enviala.
ELISA. Pero esto ya es darle pié...
ASUNCION. ¡Bah! dices que cuando puedas;
supon que no has de poder.
ELISA. Sí; de ese modo...
MOZO. *(En la puerta.)* ¿Me llaman
ustedes?
ELISA. Es menester
que lleve usted esta carta
al caballero del diez.
MOZO. Voy en seguida. *(Entrando en el número diez.)*

ESCENA V.

DICHAS. CÁNDIDO. GINÉS.

GINÉS. ¡Asuncion!
(¡Un mozo!... pues! con recados..!)
ASUNCION. ¿Qué?
GINÉS. Ya están amontonados

los bultos en un rincon.
Cuando tú quieras entrar
todo lo distribuiremos
á tu gusto... y dejaremos *(Con intencion.)*
cada cosa en su lugar.

ELISA. ¿Nos vamos nosotros?

CÁNDIDO. Bien.
Venga un abrazo. *(A Asuncion.)*

GINÉS. *(Metiéndose por medio y abrazándolo.)* Sí, si.

CÁNDIDO. Yo volveré por aquí.

ASUNCION. *(A Elisa)* Yo iré mañana tambien
á tu casa. *(Abraza á Elisa y á D. Cándido.)*

GINÉS. (¡Voto á tal!..
al fin la abrazó el vejete)

ASUNCION. ¿Con que Hortaleza... *(Ya en la puerta.)*

ELISA. Si; siete,
duplicado, principal.

(El mozo sale del diez y desaparece por el foro.)

ESCENA VI.

ASUNCION. GINÉS.

GINÉS. Señora doña Asuncion
Peralta y Castrogeriz:
esposa y polilla mia
de la que estoy hasta aquí; *(El cuello.)*
ahora que solos quedamos
¿se servirá usted decir
si calcula que un marido
es igual á un adoquin;
si el que se casa en su casa
supone lo que un titi,
y si está usted decidida
á no doblar la cerviz
ante los santos deberes
que reconoció en San Luis
cuando nos leyó un presbítero
un trocito de latin?

ASUNCION. Señor don Ginés del Cerro,
y más que Cerro, cerril;
cuya suspicacia raya
en lo absurdo y en lo ruin

ahora que no escucha nadie,
¿se dignará usted decir
si piensa que es un marido
una especie de alguacil,
si la mujer que se casa
se convierte en maniquí,
y si está usted decidido
á que yo viva infeliz,
á que evite su presencia,
á que me mate el *spleen*,
y á que maldiga el momento
en que otorgué á usted el sí?

GINÉS. ¿De véras?... ¿pues qué? ¿No he visto
á un quidam de gaban gris,
con usted muy obsequioso
en la mesa? ¿Con qué fin
estaba obsequioso el quidam?

ASUNCION. Todo el que no es incivil
es galante con...

GINÉS. ¿Y el tio
don Cándido? ese mastin
con dentadura postiza
y modales de albañil,
y más años que un palmar
y más negro que el hollin,
¿por qué causa y con qué objeto,
sin hacer caso de mí,
abrazó á usted de igual modo
que abraza al olmo la vid?

ASUNCION. Es hermano de mi madre.

GINÉS. ¿Y el camarero que ahí
estaba cuando he llegado?
¿Le mandó algun Amadis?

ASUNCION. Señor don Ginés del Cerro:
si usted quiere discutir
para hacer lo negro blanco
y lo blanco carmesí;
si usted sueña y vé visiones
y esto le pone febril,
si usted toma por montaña
lo que es un grano de anís,
vaya usted á Leganés
que está haciendo falta allí,
y á los que no estamos locos
déjenos en paz vivir.

GINÉS. Escucha. (*Cogiéndola de un brazo.*)

Asuncion. No escucho nada.
Ginés. No es que yo tema un desliz,
no tal; pero... siempre...
Asuncion. (*Desasiéndose.*) ¡Quita!
Ginés. Oye.
Asuncion. ¡Aparta! (*Entra en el número trece.*)

ESCENA VII.

GINÉS.

¡Me lucí!
Solteros que la coyunda
juzgais ameno pensil
en que los mirtos florecen
con la rosa y el jazmin;
si os precipita el demonio
del matrimonio en la lid,
tomad por media naranja
un figuron de tapiz.
Mujer que de frente es bella
y lo mismo de perfil,
y tiene los ojos grandes
y tiene el pié chiquitin
y tiene un clavel por boca
y tiene tez de marfil,
os ha de dar más disgustos
que oro ha dado el Potosí.

ESCENA VIII.

GINES, LUIS.

Luis. (*Leyendo.*) «En cambio cuando yo pueda
llamarle... le llamaré.»
¡Bendita! obedeceré
suceda lo que suceda.
Acaso la cerradura

me sirva de observatorio.
(*Mirando por el ojo de la cerradura del número trece.*)

GINÉS. ¿Qué miro? ¡Un D. Juan Tenorio!
LUIS. Adivino su hermosura;
pero nada, no veo nada. (*Mirando.*)
GINÉS. (*Tosiendo.*) ¡Ejen!
LUIS. Dentro de mi siento
duplicado el sentimiento
y la vida duplicada (*Mirando.*)
GINÉS ¡Ejen!... ¡Vaya un compromiso!
LUIS. Juro por mi amor profundo
que ha de ser para ella el mundo
abreviado paraiso.
¡No hay muchacha más gentil!...
GINÉS. ¡Ejen! (*Luis besa la carta.*)
LUIS. ¡Cómo me embeleso
viendo su letra!... Otro beso,
y otro y otro. . ¡y cien!... ¡y mil!...
GINÉS. ¡Caballero!
LUIS. ¿Quién?... ¡Ginés!
GINÉS. ¿Tú por aquí? (*Se abrazan.*)
LUIS. (*Señalando al diez.*) Esa es mi casa.
¡Si supieras lo que pasa!...
Ya te contaré despues. (*Vuelve á la cerradura.*)
GINÉS. Pero oye...—¡Y vuelve el menguado!
¡Luis!
LUIS. Voy: espérate un poco.
Dispensa, chico, estoy loco,
estoy loco rematado.
Figúrate que he de ser
dueño de un angel divino
que al mundo lanzó el destino
bajo forma de mujer.
Figúrate que en mi afan
hallo un horizonte nuevo
y que aquí, en el alma, llevo
un volcan, más que un volcan.
Figúrate... pero aguarda.
(*Vuelve á la cerradura.*)
GINÉS. ¡Y estoy brazo sobre brazo!...
El merece un estacazo
y yo merezco una albarda.
LUIS. Pues sí; como te decia,
ya la vida volandera
me aburre, me desespera,
me causa empacho, me hastia.

He llegado ya á la edad
en que el corazon vacio
siente un frio que es el frio
que engendra la soledad.
Harto anduve y lo deploro
siendo un solemne bribon;
Dios ha dado el corazon
para adorar, y yo adoro.

GINÉS. Y la mujer venturosa
que ha fijado tu capricho,
¿quién es?

LUIS. ¿Pues no te lo he dicho?
Un ángel: ¡más! una diosa.

GINÉS. Permíteme que me asombre
De esa pasion que ponderas:
tú no eres el que antes eras.

LUIS. ¿Qué he de ser?—Soy otro hombre.
¿Recuerdas nuestras conquistas?
Mozos los dos de provecho,
estudiábamos derecho,
perseguíamos modistas.
Tú siempre á la pupilera
pagabas por tí y por mí.
¿Recuerdas cuando rompí
aquel catre de tijera?
¿Recuerdas cuando un papá
quiso obligarme a ser yerno?
¡Qué vida aquella! ¡Qué infierno!

GINÉS. Pasó ya y no volverá.
Pero recuerdo tambien
tus bellos é improvisados
discursos: de los casados
no pensabas jamás bien.
Las mujeres—nos decias—
son de la piel del demonio;
¡solteros! al matrimonio
prefiero cien pulmonías.

LUIS. *(Interrumpiéndole.)*
La mujer más inocente,
la más jóven y novicia,
miente cuando os acaricia,
cuando os habla de amor, miente.
Si llora, el llanto es fingido,
si rie, la risa es farsa;
anda en busca de un comparsa,
vulgo editor ó marido,

y las menos zalameras
cuando os quieren marear
saben... hasta suspirar
de veinticinco maneras.

GINÉS. Exactamente: lo mismo,
lo mismo nos predicabas;
pero si entonces marcabas
con precision el abismo,
¿por qué te has de condenar
á vivir siempre en un potro?

LUIS. Chico, como dijo el otro,
de sábios es variar.
Además yo no sabia
que al darnos de amor la palma
la mujer ofrece al alma
mundos de santa alegría.
Yo de bastardos amores
prestándome á los antojos
flores buscaba entre abrojos
dejando á un lado las flores;
pero hoy confeso y contrito
ante el amor me confundo
que el amor es en el mundo
emblema de lo infinito.

GINÉS. ¿Tal concepto te merece
esa terrible epidemia?

LUIS. ¿Qué es lo que dices? ¡Blasfemia!
¡Míra! (*Señalando al número trece.*)

GINÉS. ¿Qué?

LUIS. ¡Número trece..!

(*Luis, que tiene echado el brazo izquierdo sobre el hombro de Ginés, le quita el sombrero, descubriéndose él con la mano derecha.*)

GINÉS. ¿Vas á poner por ejemplo...?

LUIS. Escúchame: esa mansion
antes era habitacion,
ahora es un templo.

GINÉS. ¿Es un templo?
¡de la discordia..! ¿No sabes
que ahi vivo con mi mujer?

LUIS. Con tú... ¡quiá! no puede ser.
¿Has de guardar tú las llaves
de ese tesoro que anhelo?

GINÉS. ¿Tesoro? si; de perfidia.

LUIS. ¡No! de beldad que da envidia
á los ángeles del cielo.

GINÉS. ¿Si? Pues bien; esa hermosura
que ensalzas con tal delirio,
me hace pasar del martirio
la más terrible amargura.
Por ella vivo sin paz
y entre disgustos atroces;
por ella arrugas precoces
han marchitado mi faz.
Por ella paso desvelos,
Por ella perdi la calma.
por ella siento en el alma
el aguijon de los celos.
LUIS ¡Calla! ¡calla!... eso es soñar.
GINÉS. ¡Soñar! yo me alegraria.
LUIS. Y esa mujer...—¡Será mia!
GINÉS. ¿Cómo?...
LUIS Te voy á matar.
GINÉS. ¿Qué?
LUIS. Te mato: es necesario
y nuestra dicha notoria,
porque así yo entro en la gloria
y tú sales del Calvario.
GINÉS. ¡Hombre! no seas atroz.
LUIS. ¡Te mato! lo he decidido.
GINÉS ¿Pero estás loco perdido?
LUIS. ¡Eh!... no levantes la voz.
Ya que el azar nos obliga,
tendremos un duelo á muerte,
y á quien Dios le dá la suerte,
San Pedro se la bendiga.
Porque estar jugando al bú
tú y yo, fuera un caso raro
cuando es evidente y claro
que sobro yo ó sobras tú.
Voy á buscar mis pistolas:
vuelvo en seguida. (*Vase.*)
GINÉS. *(Tocando el timbre.)* Corriente.
Yo... yo voy á llamar gente
para no esperarte á solas.
Aunque mejor debe ser,
si, mejor y más sencillo,
escapar por el pasillo
llevándome á mi mujer.
MOZO. ¿Me llamaba usted..?
GINÉS. Si.—¡No!

ESCENA IX.

UN MOZO, *despues* LUIS.

Mozo. ¡Vaya una cara de agraz!
Aunque le atacara el cólera
ó aunque le fueran á ahorcar,
no la pondria más lúgubre
ni más torcida ni más...
¡Cuántu difiere ese prójimu
del campechanu galan
que por llevarle uua epístola
me dió un doblon!—Aquí está.
Con propinas de este género
se vuelve la voluntad
de cera, que somus frágiles
todos los hijos de Adan.

Luis. Vámonos á las afueras
de la puerta de Alcalá
y en ménos que canta un gallo
quedamos los dos en paz.

Mozo. ¿Manda usted algo?

Luis. ¿Qué veo?
Ese hombre no tiene igual.
La puerta... *(Golpeando en el número trece.)*
¡justo! cerrada;
¡cerrada! ¡voto á Caifás!
Unido á mi bella Elisa,
el estado conyugal
le ofrece cuantas venturas
puede un amante soñar;
y por no perderlas huye
de mí como de un caiman.
Esa es toda la desdicha
de que se lamenta... ¡Ah!
Pero ella... ella es desgraciada,
sí, lo es á no poder más.
¿Cómo, si no, hubiera escrito
con su mano, que es cristal
y nieve y rosa, esta frase
de elocuente claridad?
—«¡Le llamaré.»—¡Oh! ¡qué perfume
tan suave, tan especial!...

¡Otro beso!... ¡y otro!... ¡y otro!...
Yo juro á ese hombre incapaz
que no se me escapa.—¡Chico!

Mozo. Señor.

Luis. Al momento, ¿estás?
al momento es necesario
que yo sepa en qué lugar
oculta el bulto el marido
de aquella dama.

Mozo. ¿De cuál?

Luis. ¿De cuál ha de ser? De aquella
que te dió la carta.

Mozo. ¡Ya!
¿Está casada?

Luis. Casada
en lo mejor de su edad
con un necio.

Mozo. (Ese es don Cándido.
Yo pensé que era el papá
y ahora resulta maridu.
¡Habrá viejo carcamal!)

Luis. ¡Vamos! ¿No me has escuchado?
Trota.

Mozo. No hay necesidad
de hacer averiguaciones.

Luis. ¿Cómo que no?

Mozo. La verdad.
En la calle de Hortaleza
sé que se van á hospedar.

Luis. ¿En qué número?

Mozo. En el siete.

Luis. ¿Qué cuarto?

Mozo. En el principal.
Ya deben ir de caminu.

Luis. ¡Preciso!... El la obligará.

(*Paseando á lo largo del proscenio. El mozo le sigue como su sombra.*)

El se habrá dicho á sí mismo:
—«Yo necesito emigrar
y poner tierra por medio
entre mi cara mitad
y mi sucesor.»—Pues juro
por la córte celestial
que no le vale la treta.

Mozo. ¿Tiene usted más que mandar?

Luis. Que te quites de mi vista

ó hago una barbaridad.

MOZO. (¡Zape!) (*Váse por el foro.*)

ESCENA ÚLTIMA.

LUIS.

¡Casada!... ¡casada!
¿Por qué hay Código penal?
¿Por qué hay cánones? ¿Por qué
han de condenar mi afan
la ley de Dios y las leyes
que formó la sociedad? (*Se sienta.*)
Pensemos: reflexionemos.
¿Qué logro yo con matar
á Ginés? Mucho.—No. ¡Nada!
Elisa nunca será
del matador de su esposo:
esto es claro; es natural.
¿Puedo yo olvidarla?—No:
yo no la puedo olvidar,
y aunque pudiera no debo
porque es mi felicidad,
y aunque debiera no lo hago
porque no quiero.—¡Cabal!
Si Ginés me pega un tiro,
que sí me lo pegará
si le obligo... ¡Pecho al agua! (*Se levanta.*)
¿Quién dijo miedo?—Gran plan.
A las diez nos convenimos,
á las once en el canal,
y antes de las once y media
ya estoy en la eternidad.

(*Váse por la puerta número diez.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada elegantemente en casa de D. Cándido. Puerta al foro y dos laterales en la izquierda. Otra en primer término derecha: en segundo un balcon.

ESCENA PRIMERA.

DON CÁNDIDO Y ELISA, *aquel muy arrellanado en una butaca y Elisa de pié á su lado.*

CÁNDIDO. Sí, hija mia, ya lo he visto,
y está todo *comme il faut*,
segun dicen los franceses.
ELISA. Nó, papá, en mi tocador
no ha entrado usted...
CÁNDIDO. Es lo mismo
que si hubiese entrado...
ELISA. No;
¿qué ha de ser?
CÁNDIDO. Pues bien, mañana
lo veré...
ELISA. Y á ese balcon
aun no se ha asomado...
CÁNDIDO. Hija,
es que tan rendido estoy...
ELISA. Nó; no es que esté usted rendido:
es que es usted muy poltron.
CÁNDIDO. No lo niego.
ELISA. Dá á la calle
de Hortaleza...
CÁNDIDO. ¿Sí?... Mejor.
Ya tendré tiempo de verlo.
ELISA. Sólo á las doce dá el sol,

y poco rato...
CÁNDIDO. Magnífico
para este verano... Yo,
de encontrarme ya instalado
le doy mil gracias á Dios,
y todo lo encuentro bueno,
escelente, superior.
No estaba mal en la fonda,
pero se te alborotó
el juicio, aquí me trajiste,
y ya de aquí, ni un temblor
de tierra puede moverme.
(*Suena una campanilla.*)
ELISA. Creo que han llamado...
CÁNDIDO. No.
ELISA. Voy á ver...
CÁNDIDO. Estate quieta.
Ya abrirán... Tienes horror
al sosiego...
ELISA. Me parece
que ha respondido la voz
de Ginés... Yo voy...
CÁNDIDO. Espérate...
¡Qué actividad!...
ELISA. ¡Qué inaccion!

ESCENA II.

DICHOS. ASUNCION Y GINÉS.

ELISA. ¿Cómo aquí?
CÁNDIDO. ¿Qué manifiesta
vuestra faz, hosca y agreste?...
ELISA. ¿Qué os pasa?...
ASUNCION. ¡Cosas de este!
GINÉS. ¡No, señor!... ¡Cosas de esta!
CÁNDIDO. Bueno, cosas de los dos;
mas fuerza es que uno responda.
Di tú ..
GINÉS. Estaba yo en la fonda
en paz y en gracia de Dios,
cuando, sin verme—¡esto es grave!—
miro un jóven que allí andaba,

y mi cuarto escudriñaba
por el ojo de la llave.
Llego, *in fraganti* le cojo,
y al obligarle á que dé
esplicacion, dice que...
no era nada lo del ojo;
que está que se despepita
por una mujer que es sér
de su sér, y esa mujer
es la misma que allí habita.

CÁNDIDO. ¡Zambomba!...

GINÉS. Lo mismo digo.
Al jóven que así me insulta
miro atento, ¿y qué resulta?...
que aquel jóven es mi amigo
Luis Prat.....

ELISA. (Luis Prat!... ¿Y ese es
el que dice que me adora?...
¿Quién sabe si esta traidora?...) *(Por Asuncion.)*

CÁNDIDO. ¡Qué amigos tienes, Ginés!

GINÉS. Yo no he visto tal locura...
Si una palabra me hablaba,
precipitado tornaba
á ver por la cerradura.
Y yo hecho allí una estantigua.

ASUNCION. Que mirase en balde era,
no estaba yo en la primera,
sino en la pieza contigua.

GINÉS. A saber...

ASUNCION. ¿Cómo á saber?

GINÉS. En fin, que le dije...

CÁNDIDO. Acaba.

GINÉS. Que la mujer que allí estaba
era mi propia mujer.
¡Que si iba á ser mi adversario!
¡Que mirase lo que hacía!

ELISA. ¿Y desistió?

GINÉS. ¡Cá!... ¡Hija mia!
¿El desistir? Al contrario.
Furioso como un demonio
me propuso un desafio;
quiere matarme, y que al mio
suceda su matrimonio.

CÁNDIDO. ¡Loco está!

GINÉS. ¡Loco de atar!
De allí salió por pistolas,

y en cuanto yo me ví á solas
me vine aquí á refugiar.
No he de ir á romperme el alma...

ASUNCION. ¿Pero quién es el más loco,
él ó tú?

GINÉS. Poquito á poco...

ASUNCION. ¡Malditos celos!

CÁNDIDO. ¡Eh! calma.

ELISA. (Yo no sé qué es lo que siento,
y voy á ver si consigo
que Asuncion...)—¿Vienes conmigo?

ASUNCION. ¿Lejos de éste? ¡Sí, al momento!

(Vánse Elisa y Asuncion por la segunda puerta lateral izquierda.)

GINÉS. ¿Oye usted?... Si ahora la cojo
y la estrangulo...

CÁNDIDO. ¿Y por qué?
Ten más calma, siempre fué
mal consejero el enojo.

ESCENA III.

CÁNDIDO, GINÉS.

GINÉS. Su culpa exige castigo.
(Suena la campanilla,)

CÁNDIDO. Hombre; te has vuelto feroz...

LUIS. *(Dentro.)* ¡Hola!

GINÉS. ¡Cielos!

CÁNDIDO. ¿Qué?

GINÉS. Es la voz
de ese loco, de mi amigo.

CÁNDIDO. ¡Ginés!

GINÉS. ¡Valor!

CÁNDIDO. Pero... dí...

GINÉS. ¡Hablemos bajo!

CÁNDIDO. Y si á fondo
se me viene... ¿qué respondo?

GINÉS. Niegue usted que estoy aquí.
Me ocultaré.

CÁNDIDO. ¡Extraordinaria
situacion! ¿Yo en una intriga?

GINÉS. En nada de lo que diga
le lleve usted la contraria.
Sino en su furia...

CÁNDIDO. Hombre... pero...

(*Se oye ruido de voces, entre las cuales sobresale la de Luis.*)

GINES. Ya no hay tiempo. ¿Lo oye usted?

(*Váse apresurado por la puerta de la derecha.*)

CÁNDIDO. Me ha pegado á la pared...
(*Acercándose á la puerta del foro.*)
Que pase ese caballero...
—¡Qué así la calma le roben
á este pacífico anciano!...

ESCENA IV.

D. CÁNDIDO. LUIS.

LUIS. Señor, beso á usted la mano.

CÁNDIDO. Beso á usted la suya, jóven.

LUIS. Cuando así vengo á esta casa
debo esplicar á qué vengo:
un íntimo amigo mio
está aquí: Ginés del Cerro.

CÁNDIDO. No, señor...

LUIS. ¡No niegue usted!
¡Lo sé todo!...

CÁNDIDO. Entonces bueno.
(¡Ay! ¡qué tonto!... Lo he vendido
sin querer...)

LUIS. Pues bien, mi objeto
era matarlo... y despues...

CÁNDIDO. ¡Muy bien hecho! ¡Muy bien hecho!
(Llevándole la corriente
no tendrá ningun acceso
de furor...)

LUIS. ¿Usted lo aprueba?...

CÁNDIDO. Sí, señor...

LUIS. Pues yo repruebo
que usted apruebe: era un crímen
mi intento, y ya de mi intento
desisto...

CÁNDIDO. Eso es otra cosa.

Siempre es mejor un arreglo...

LUIS. ¿Qué ha dicho usted? ¿Yo arreglarme?

CÁNDIDO. ¡Ah! no... no... yo he dicho eso
como pudiera haber dicho
otra cosa... yo respeto
su voluntad, y su...

LUIS. ¡Nunca!!

CÁNDIDO. ¡Nunca! ¡jamás! ¡ni por pienso!
Así me gusta; el carácter
ante todo...

LUIS. Si en un duelo
lo mataba, era imposible
que me admitiese ella luego
como esposo... Ya usted sabe
quién es ella...

CÁNDIDO. Por supuesto.
Asuncion.

LUIS. ¡Elisa!

CÁNDIDO. (¡Cáspita!)
Sí, eso es...

LUIS. Mi puro afecto
le consagré; y ella, aleve,
despues que sembró en mi pecho
el gérmen de la esperanza
que fecundó el sol espléndido
de un amor inestinguible,
sublime, infinito, inmenso;
cuando del gérmen brotando
las flores del sentimiento
mi horizonte perfumaban
con sus aromosos pétalos,
de pronto arrancó las flores
que en mi corazon nacieron.
«Yo le llamaré» me dijo,
«yo le llamaré, si puedo;»
mas de mi amor se burlaba
tales frases escribiendo.

CÁNDIDO. (Discurre bien, aunque loco.)

ESCENA V.

DICHOS. ASUNCION.

ASUNCION. (¿Quién será este caballero
que está hablando con mi tio?
No sé si pasar...) (*Sin pasar de la puerta.*)
CÁNDIDO. Ya veo
que se queja usted...
LUIS. De Elisa.
CÁNDIDO. No; de Asuncion.
ASUNCION. (¿Eh?)
LUIS. ¿Qué tengo
que ver yo con Asunciones
ni no Asunciones?
ASUNCION. (No entiendo...)
LUIS. Aunque usted ponga esa cara
de espanto, y aunque haga gestos
de estupefaccion, lo dicho:
de su hija de usted me quejo.
¿Por qué alentó mi esperanza?
si ya Ginés...
ASUNCION. (¡Ah! ¿qué es esto?)
CÁNDIDO. ¿Mi sobrino? usted se embrolla;
usted...
LUIS. Sobra el fingimiento.
¡Todo lo sé!.. ya lo he dicho.
CÁNDIDO. Y ya lo he oido. ¡Qué genio!
Sé que tiene usted razon.
LUIS. ¡Y tanto como la tengo!
(*Luis no habrá cesado de agitar el baston en todas direcciones, dando así motivo á movimientos y gestos de D. Cándido, á quien por fin alcanza.*)
CÁNDIDO. ¡Ay!
LUIS. ¿Qué?
CÁNDIDO. No... ¡nada!.. un nudillo...
como no deja usted quieto
ese baston del diablo..
LUIS Dispénseme usted: lo siento.
Estoy nervioso...
CÁNDIDO. ¿Es de estoque?
LUIS. ¿Por qué pregunta usted eso?
CÁNDIDO. (Precaucion...) Soy tan curioso...
LUIS. Mírelo usted...

CÁNDIDO. Es de hierro...
¡cómo pesa!

LUIS. (Este hombre es simple,
ó está muy cerca de serlo..)

CÁNDIDO. Le escucho á usted... (A Segura
dicen que lo llevan preso.)

(*Oculta el baston colocándose las manos á la espalda.*)

LUIS. Cuando Ginés confesándome
la verdad, hirió mí pecho
con el dardo envenenado
de su dicha y de mis celos,
viendo para mi imposib'e
ya á Elisa, cediendo á un vértigo
de amor, de despecho y có!era,
matarlo quise en un duelo.
Mas despues... naturalmente,
cobró mi razon su imperio
y...

ASUNCION. (¡Qué traicion tan ínicua!)

LUIS. ¿Qué adelantaba con ello?

CÁNDIDO. (¡Caracoles!.. ¿Si será?..
¿Si no será?..—No está cuerdo;
más... por lo mismo, los locos
y los niños, sin rodeos
dicen la verdad á secas,
y sin mirar...)

LUIS. ¡Lo hecho... hecho!

CÁNDIDO. Mas... ¿Qué es lo hecho?..

LUIS. Y Ginés (*Sin atenderle.*)
hizo bien; llegó primero
que yó... le fué la fortuna
próspera... ¡¡triunfó!! ¿Qué nécio
la desperdicia? Mas ella...
¡Ella con vil intento
me hizo soñar con la gloria
para hundirme en el infierno!
¡Ay de ella! ¡ay de mí! ¡ay de todos,
si en mi camino la encuentro!

CÁNDIDO Mas...

LUIS. Dispense usted; su hija...

CÁNDIDO. Ella es incapaz...

LUIS. ¡Oh cielos!
¡Pues no intenta defenderla!
¿No teme usted que el incendio
de mis iras lo consuman?

CÁNDIDO. ¡Ay! sí señor que lo temo.

(Olvidaba...) Ella es la causa;
lo confieso, lo confieso.

LUIS. Dígale usted á mi amigo
Ginés, que nada proyecto
en su contra...

CÁNDIDO. Adios.

LUIS. Adios.
¿Dónde va usted?

CÁNDIDO. Mis respetos
á ofrecerle hasta la puerta...
(La catástrofe evitemos
de que se encuentre á mi hija
y en viéndola le dé el vértigo.)
(*Salen por el foro.*)

ESCENA VI.

ASUNCION.

Que me engaña Ginés, es infalible;
dejar que obsequie á Elisa y *condenarme*
triste cosa será; pero posible.
Posible, ¿y no armo un zafarrancho horrible..?
¿y cruzada de brazos voy á estarme?
¿Mas de qué me sorprendo ni me espanto
cuando engaña á su esposa hasta el más santo?

ESCENA VII.

DICHA y ELISA.

ASUNCION. (Ella...)

ELISA. (La ocasion llegó.)

ASUNCION. (Mis celos hablar me impiden.)

ELISA. Tenia que hablarte.

ASUNCION. Idem.

ELISA. Me alegro de verte.

ASUNCION. Y yo.

ELISA. Hay en tu acento desdén.
ASUNCION. Dice el tuyo que me esquivas...
ELISA. Dijiste que á hablarme ibas.
ASUNCION. Tú lo dijiste tambien.
ELISA. Pues equilibrios dejemos,
propios solo de funámbulos,
prescindamos de preámbulos:
y hablemos clarito...
ASUNCION. Hablemos.
ELISA. Pues tú tienes la palabra.
ASUNCION. No; tú.
ELISA. No.
ASUNCION. Serán muy largos,
pero escucharé tus cargos
antes que mi boca abra.
¿De qué me acusas?
ELISA. De envidia.
ASUNCION. ¿De envidia?
ELISA. En cosas de amor.
ASUNCION. Mi acusacion es peor;
yo te acuso de perfidia.
ELISA. ¿Piensas causarme zozobra?
Cuando á Luis Prat escribiste
no conocerle finjiste
conociéndole de sobra.
ASUNCION. ¡Permiteme que me asombre!
ELISA. Si de saberlo estoy harta.
ASUNCION. No autorizó aquella carta
ni mi nombre ni tu nombre.
ELISA. Claro está; y bien se penetra
la idea que te impulsó...
ASUNCION. No enviando la carta yo...
ELISA. Más siendo tuya la letra...
ASUNCION. ¡Jesús! qué desconfianza.
ELISA. ¡Jesús! Cuánta hipocresia.
Si él tu letra conocia,
¿quién le daba la esperanza?
ASUNCION. Todo en mi contra se acopia.
ELISA. No; tú supiste serena
al jugar por cuenta ajena
jugar por tu cuenta propia.
ASUNCION. Si ahora te ha dado el capricho
de amarle, ¿qué se consigue
con sospechar que él me sigue?
ELISA. Hija, tu esposo lo ha dicho.
ASUNCION. Ginés vé solo visiones.

ELISA. Tratemos de mi perfidia:
creo que en cuanto á tu envidia
la he probado con razones.
Porque, ¿en qué puede estribar,
y de oirlo no te irrites,
que un pretendiente me quites
si á él no debes aspirar?
ASUNCION. La delincuente presunta
á quien causaste sonrojos
puede hacer bajar tus ojos
sólo con una pregunta.
ELISA. ¿Yo bajar la vista?
ASUNCION. ¡Pues!
Si lucha de amor se entabla...
ELISA. ¡Asuncion!
ASUNCION. ¡Elisa!
ELISA. ¡Habla!
ASUNCION. ¿Qué tienes tú con Ginés?
ELISA. ¿Yo? ¡Miserable! ¿Estás loca?
Esa ofensa, ruda, impía,
á risa me moveria
á no salir de tu boca.
ASUNCION. Es que...
ELISA. Basta...
ASUNCION. En mi conciencia...
ELISA. Basta, dije... Sella el lábio,
ó no sé... Sufro el agravio
mas no sufro tu presencia.
(Sale por la segunda puerta izquierda.)
ASUNCION. ¿Estaré yo equivocada?
Pero, no. ¡Si lo escuché!...
¡Ay Ginés!... Si has delinquido
sangre has de sudar Ginés!...
(Sale por la primera puerta lateral izquierda.)

ESCENA VIII.

D. CÁNDIDO Y GINÉS *entrando por el foro.*

CÁNDIDO. Aquí puedo sin temor
de que nos oigan, poner
de relieve tu falsía,

tu infamia, tu avilantez.

GINÉS.
Bien: ponga usted cuanto guste
pero dígame usted qué
resultó de la entrevista.
¿Luis insiste en que con él
me he de batir..? ¿de su fúria
aún blanco me quiere hacer?

CÁNDIDO.
Ya á batirse ha renunciado
por desgracia...

GINÉS.
¿Ha dicho usted
por desgracia?

CÁNDIDO.
Sí; eso he dicho
y lo sostengo...

GINÉS.
¡Pardiez!
¿Está usted loco?

CÁNDIDO.
Muy cuerdo,
y recuerdo bien por qué
he dicho, lo que ya he dicho
y aún lo que diré despues
(A falta de un buen discurso
ahoro le voy ce por be
á endilgar unos versitos
del Tenorio..)

GINÉS.
Escucho á usted.

CÁNDIDO.
Ir á sorprender infame
la cándida sencillez
de quien no pudo el veneno
de tu halago precaver...
Derramar en su alma vírgen
traidoramente la hiel
en que rebosa la tuya
seca de virtud y fé...

GINÉS.
Pero ¿qué está usted charlando
y á quién se refiere usted?

CÁNDIDO.
Proponerte así enlodar
de mis timbres la alta prez
como si fuera un harapo
que desecha un mercader...

GINÉS.
Del Comendador Ulloa.
no hace usted mal el papel,
y haciendo yo el de don Juan
le pudíera responder
que voy á pegarle un tiro
si no esplica qué belen
es este...

CÁNDIDO.
De mi hija Elisa

mancillaste la honradez,
y esto, en un hombre casado,
considera lo que es.

GINÉS. ¡Comendador! ¡No seas bruto!
¿Quién ha inventado eso, quién?

CÁNDIDO. Lo sé de muy buena tinta.

GINÉS. Usted irá á Leganés
muy pronto, si esa cabeza
no toma fuerzas...

CÁNDIDO. ¡Cruel!
¡Herir con un solo golpe
á Elisa, á mí, á tu mujer!
¿qué merece tu conducta?

GINÉS. ¿Pero no conoce usted
que eso que dice es absurdo?
Yo... un pariente...

CÁNDIDO. Hermano fué
Cain de Abel, y Cain no obstante
dió muerte á su hermano Abel.

GINÉS. Vamos, usted tiene empeño
en que por fuerza ha de haber...
¿Dónde hay una sola prueba?

ESCENA IX.

DICHOS Y LUIS.

LUIS. Señores.

CÁNDIDO. (¡Ay, Dios!)

GINÉS. (¡Es él!)

LUIS. Dios guarde á ustedes. Me alegro
de hallar reunidos á ustedes.
Ya este señor te habrá dicho...

GINÉS. Dí tú con qué intento vuelves...

LUIS. Aquí me dejé un baston
y venia á recogerle.

CÁNDIDO. Sí, cierto... allá dentro está...

LUIS. Pensando más friamente,
de mi anterior arrebato
me arrepentí... Tú no tienes
la culpa...

GINÉS. Cierto que nó.

LUIS. Sí, yo estuve inconveniente,

y audaz, y provocativo,
y hasta loco, si se quiere;
perdon te pido, tú en cambio
obraste como prudente
y mesurado y sesudo
como á la amistad conviene
que nos une, tan antigua
y tan verdadera siempre,
aunque hoy un profundo abismo
entre los dos se establece.

CÁNDIDO. Jóven, usted me es simpático,
y juraria que tiene
muy buen fondo, muy buen fondo;
y aunque su razon padece
perturbaciones... no importa:
mientras lúcida se encuentre
el bien será su objetivo
y el honor quien le aconseje.
Hágame usted un favor.

LUIS. Hecho, si de mí depende.

CÁNDIDO. Gracias: usted de mi hija
me ha dicho...

LUIS. Sé como debe
conducirse un caballero,
y hago promesa solemne
de no volver á pensar
en ella...

GINÉS. (¿Si será éste
el que le ha contado al tio..?)

CÁNDIDO. Mil gracias; usted me vuelve
la tranquilidad...

LUIS. Me alegro,
y se acabó este incidente.
Goza tú, mortal dichoso, (*A Ginés.*)
ya que lo quiso la suerte,
las inefables delicias
que Elisa en su amor te ofrece.

GINÉS. ¿El amor de Elisa?

LUIS. Goza,
ya que te amparan las leyes
divinas y humanas: nadie
censurará que la estreches
contra tu pecho, que amante
ella te pague comiéndote
á caricias, que tengais
media docena de nenes.

¡Goza!.. ni lo pena el código
ni la moral se resiente.

CÁNDIDO. (¡Anda! Ya echó por los cerros
de Úbeda.)

GINÉS. ¿Te has vuelto imbécil?
Una hija tiene D. Cándido
que es Elisa.

LUIS. Sí, corriente,
tu mujer..

GINÉS. No, no, no, y nó.

LUIS. Pues tú dijiste...

GINÉS. ¿Me quieres
escuchar? Yo estoy casado
con Asuncion de...

LUIS. ¡Me vuelves
el alma al cuerpo! Permíteme
que te abrace y que te bese.

CÁNDIDO. (¡Ay que le vá á dar el vértigo!)

LUIS. ¡Que al punto se nos presenten!
¿Con que eran dos? ¡Eran dos!
¡Llámalas!

CÁNDIDO. (Si se enfurece
nos mata.)—¡Asuncion! ¡Elisa!
Cálmese usted, que ya vienen.

ESCENA X.

DICHOS. ASUNCION. ELISA.

ELISA. ¿Qué ocurre?

CÁNDIDO. Ven.

ASUNCION. Esos gritos...

LUIS. Elisa, usted me dispense
si me atrevo á preguntar
—de ello mi vida depende,—
¿Quién es su marido?

ELISA. Nadie;
pues qué... ¿alguna duda tiene?

LUIS. ¡Oh! Ginés, ¿quién es tu esposa?

GINÉS. Esta. (*Señalando á Asuncion.*)

LUIS. ¡Dios mio!

CÁNDIDO. (Está verde

y pálido y colorado...)

LUIS. (*Saludando á Asuncion.*)
Señora...—¡Y tú, mequetrefe
que me has dejado creer...

CÁNDIDO. (Le volverá el accidente
si le contrarian...)

LUIS. (*A D. Cándido.*) ¡Ah!
Señor, usted que no puede
mentir, porque honradas canas
de la verdad son perenne
testimonio, diga usted,
¿cuál es la mujer de éste?

CÁNDIDO. (¿Cuál diré?..) La que usted quiera...

LUIS. ¡Burlarse de mí pretende?

CÁNDIDO. ¿Yo?

GINÉS. ¿Por qué no ha dicho usted
la verdad?

LUIS. ¡Salgan ustedes¡
¡Les reto! ¡Les desafío!
¡les mataré!

GINÉS. ¡Luis, sosiégate
y escucha!

LUIS. No escucho nada.

ASUNCION. ¿Con qué derecho pretende
interrogarnos á todos?

LUIS. ¿Que con qué derecho? Vedle:
con el que me dá esta carta. (*Saca la carta del acto primero y se la da á D. Cándido, que se la entrega á Ginés.*)

CÁNDIDO. Yo no tengo aqui mis lentes...
Leéla tu, Ginés.

ASUNCION. (¡Dios mio?)

GINÉS. ¡Qué veo! Estos caractéres...
¡Sí... no hay duda... esta es la letra
de mi mujer!...

LUIS. El billete
me fué de parte de Elisa
entregado; está patente
que es Elisa tu mujer
y no Asuncion, y que eres
un impostor, un villano!

GINÉS. ¡Luis!

ASUNCION. ¡Qué lio!

ELISA. Escuchad..,

LUIS. (*A Ginés.*) ¡Vente!

ELISA. (Cada vez más me convenzo

de que sólo á mí me quiere.)
LUIS. En la calle les aguardo.
ASUNCION. ¡Oh, no!...
ELISA. No saldrán ustedes... (*Deteniéndolos.*)

ESCENA XI.

DICHOS, *ménos* LUIS.

GINÉS. ¡Aparta!
ASUNCION. ¡Ginés!
GINÉS. ¡Infame!
¿Pensabas que soy de risco?
Pues vas á pagar tus culpas
con la existencia ahora mismo.
¿Lo entiendes?—Vida por honra.
ELISA. ¡Hombre, no seas ridículo!
GINÉS. ¿Yo?
ELISA. Tú, sí.
CÁNDIDO. Pero, ¿qué es esto?
¿Quién desenreda este lío?
GINÉS. Esta carta...
ASUNCION. ¡No hay tal carta!
GINÉS. ¿Cómo que no? ¡Qué cinismo!
Si así niega lo que veo
¿qué hará con lo que no he visto?
ELISA. Aunque era suya la letra
el espíritu era mio,
y respondo de esa carta.
GINÉS. ¿A mí con esas?
ELISA. ¡Lo digo
yo y basta!
GINÉS. ¿Qué ha de bastar?
Me falta mucho, muchísimo.
CÁNDIDO. Sobrina, vé tú añadiendo
lo que falta.
ASUNCION. Fuera indigno
tratar de justificarme
cuando en nada he delinquido.
ELISA. ¿No dijo el mismo Luis Prat
que recibió en nombre mio
el billete?

CÁNDIDO. Lo recuerdo;
y tambien á mí me dijo...

GINÉS. Es en balde: no comulgo
yo con ruedas de molino;
no tengo esas tragaderas.

ELISA. ¡Ginés!

CÁNDIDO. No armeis otro cisco.

GINÉS. ¡Nada..., nada, ire á buscarle:
lo mato, lo pulverizo!
Despues le doy muerte á ella,
y en seguida me suicido.
(Alguna vez he de hacer
comprender que tengo brios.)

ELISA. Ve á verlo; sí, es lo mejor.
Vaya usted tambien; confio
en que al fin han de entenderse.
El me adora con delirio,
y cuando al fin se convenza
de que soy libre y admito
su amor, todo quedará
esplicado y concluido.
Aún aguardando en la calle
se debe hallar...

CÁNDIDO. Yo no opino
por salir. . ¡Estará bueno!
¡Tornóse aquí un basilisco!
con que en la calle...

GINÉS. Yo solo
iré... (*Tomando el sombrero.*)

CÁNDIDO. (Lo mata de fijo.)

GINÉS. ¡Si que iré! .. (Nadie se opone
ni ella trata de impedirlo...)
¡Oh! ya no voy. (*Dejando el sombrero.*)

ELISA. ¿Por qué causa?

GINÉS. ¡De esa perjura el designio
favoreciera: muriendo,
libre quedaba! Desisto
por hoy; pero á la venganza
no renuncio.

ASUNCION. A tus ridículos
celos renunciar debieras.

ELISA. Aun dispongo de otro arbitrio
para que se arregle todo...

CÁNDIDO. ¿De cuál?

ELISA. Del más espedito
(*Se dirige al balcon y lo abre.*)

que es el siguiente... Allí está...
mira hácia aquí... ya me ha visto...
con el mozo de la fonda
está hablando. Me decido
y le llamo... *(Hace señas)* al punto sube.

CÁNDIDO. ¿Está su aspecto tranquilo
o colérico?...

ELISA. No importa:
en amansarlo confio
con breves esplicaciones.
Ya verá usted qué solícito
se pone cuando le ofrezca
—contando con su permiso—
mi mano y mi corazon.
¿Qué dice usted?

CÁNDIDO. Lo que digo
es que si eso trae la paz,
á mí que soy tan pacífico,
no ha de estarme mal, contando
tambien con que ese indivíduo
no sea loco.

ELISA. ¡Qué ha de serlo!
Loco está por mi cariño,
mas lográndolo... Aquí llega.

(Aparece Luis por el foro con el mozo de la fonda.)

GINÉS. ¿Por qué al mozo trae consigo?

ESCENA XII.

DICHOS, LUIS Y EL MOZO.

GINÉS. Prescinde de tus furores
y verás cómo evidencio...

LUIS. Suplico á todos silencio.
¿Conoces á estos señores? *(Al mozo.)*

MOZO. Ya lo creu: que responda
por mí el amu, si he marradu.
Estos son los que han estadu
(Señalando á D. Cándido y á Elísa.)
de huéspedes en mi fonda.
—En la que sirviendu estoy
quiero decir—Estuvierun

y luegu despues se fuerun
y estos dos llegaron hoy.
(*Señalando á Asuncion y Ginés.*)

LUIS. ¿Es exacto?

MOZO. Exactu es.

LUIS. Ahora vamos á otra cosa.
¿Tú sabras cuál es la esposa
de mi amigo don Ginés?

MOZO. De eso garante non salgu.
¿esposa es como parienta?

LUIS. Sí, hombre, sí.

MOZO. Pues por mi cuenta
á la que le toca algu
es á esta, porque los dos (*Por Asuncion.*)
en el cuartu que dejaron
(*Señalando á D. Cándido y Elisa.*)
estos otros, se alojaron
solitos.

LUIS. ¡Gracias á Dios!

MOZO. Esto tan solu he sabidu,
y en tal cuarto esta señora (*Por Elisa.*)
habitaba antes de ahora
en union de su maridu.

TODOS. ¡Su marido!

LUIS. ¡Dios potente!
¡Casada!...

ELISA. (*Con sorna.*) Y no con Ginés...

LUIS. Pues su marido ¿quién es?

MOZO. El señor que está presente. (*Por D. Cándido.*)

(*Elisa, Asuncion, D. Cándido y Ginés sueltan una carcajada.*)

CÁNDIDO. ¡Yo su marido!

LUIS. (*Irritado.*) ¡Y os reís!..

ELISA. Es que el mozo no ha mentido:
presente está mi marido...
si quiere serlo D. Luis.

LUIS. ¡Cómo! ¿Yo?..

GINÉS. Pero ¿estás lelo?..

LUIS. Con que al fin... con que usted... ¡ah!

GINÉS. Don Cándido es el papá...

CÁNDIDO. Y rabio por ser abuelo.

LUIS. ¡Oh! ¡Dios¡ Dejad que me arroben
sueños de amor sobre humano!..
Besar quiero á usted la mano (*A D. Cándido.*)

CÁNDIDO. Bese usted la suya, jóven.
(*Tomando la mano de Elisa y presentándosela.*)

LUIS. ¡Se cumplió mi afan!
ELISA. Tributo
pago á su ferviente amor.
MOZO. ¿Me puedo marchar, señor?..
LUIS. Toma: te premio por bruto.
MOZO. ¡Una onza!
LUIS. Si; vete pronto.
MOZO. ¡Oh! ¡la propina no es corta!
Me ha dicho bruto; no importa,
dame pan, y dime tonto. (*Váse por el foro.*)

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS, *menos el* MOZO.

GINÉS. Gracias á Dios que á razones
te aviniste;—te has portado
como loco rematado...
LUIS. Pido á todos mil perdones.
ELISA. Algo á nuestra dicha falta...
(*Indicando que falta el aplauso del público.*)
LUIS. ¡Ah!.. (*Dirigiéndose al público.*)
—Probado mi argumento
de que amor siempre es el cuento
de la higuera de Peralta,
bien se puede asegurar
que vírgen, casada ó viuda
que no se deja adorar
y huye ciega, sorda y muda
de quien por ella se pierde,
es que está verde.
Y vírgen, viuda ó casada,
que al amante que porfía
deja ver en su mirada
relámpagos de alegría
con torrentes de ternura,
está madura.
Tambien, llevando mi cuento
por muy distinto camino,
yo sé que en este momento
alguien con miedo supino
dirá: —«Si el público muerde,

es que está verde.»
Mas si aplaudes, si nó ha habido
en tus esperanzas fraude,
yo diré á renglon seguido:
«Puesto que el público aplaude
de seguro, de seguro,
está maduro.»

FIN

OBRAS DRAMATICAS

DE D. PEDRO MARÍA BARRERA.

¿Quién es el novio?
Nubes.
Por un bautizo.
Un David callejero (*).
Moneda falsa (**).
Una balsa de aceite.
Verde y madura.
¡Triste Chactas! EN PRENSA (***).

NO DRAMATICAS.

Dos cuadernos (*Poesías*).—Agotada la edicion.
La comedia de la vida (*Leyenda en verso*).
La mujer de Jaen (*Estudio de costumbres*).
El arco íris (*Cuentos y artículos*). EN PRENSA.

(*) Zarzuela. En colaboracion con D. Eduardo de Lustonó. Música de D. Manuel Fernandez Grajal.
(**) En colaboracion con D. Juan de Coupigny.
(***) Zarzuela. Música de D. Francisco Asenjo Barbieri.